



Josefa de la Presentación (1860-1927) -Aldaz-

En el hogar de Rentería formado por Don Rufino Esparza, encargado de la fábrica de tejidos de los Señores Juanmartiñena, y Doña Juana Lecumberri, maestra de niñas del mismo Rentería, nació en 1860 la pequeña Josefa. Hogar feliz y cristiano, con cinco hijos, pronto se vio zarandeado por la prueba. Cuando nuestra pequeña tenía 5 años moría la madre y a los dos años el padre. Los cinco hijos fueron acogidos por una tía materna con la ayuda de los Señores Juanmartiñena que, haciendo muestra de su fama bien merecida de cristianos comprometidos y generosos en extremo, cuando Josefa tenía 13 años la acogieron en su casa como a la hija muy querida que no tenían.

Para darle una educación esmerada y conforme a su posición ingresó en Bayona (Francia) en el Colegio de Siervas de María Anglet, volviendo con sus queridos 'padres' a los 17 años. Muchas esperanzas tenían puestas en ella y mucho más aún cariño y mimo, ella correspondía con gran afecto y atención hacia ellos, pero en su alma ya llevaba impresa la llamada del Señor, y cuando apenas llevaba unos meses en la casa, venciendo no poco, les manifestó su deseo de ingresar en el noviciado de las Agustinas del mismo Rentería. Como confiesa el mismo Sr. José María Juanmartiñena tuvo que "sostener una lucha consigo mismo de las más rudas y dolorosas" pues él principalmente profesaba un tierno cariño a su hija a la que tenía una gran confianza. A los ocho meses de su vuelta de Francia, el 21 de Noviembre hacía su ingreso. Sus padres adoptivos siguieron haciendo gala de su generosidad y cariño ya no solo con su hija sino con toda la Comunidad hasta el punto de que el convento de Rentería se rehizo en bienes materiales por las muchas donaciones de los Sres. Juanmartiñena. Esto sería apenas el comienzo de una gran obra.

Su noviciado no fue fácil. Probada sobremanera tanto por enfermedades como por pruebas espirituales siguió adelante y tras su profesión su fortalecimiento fue notorio al igual que sus adelantos en la vida espiritual. A sus 24 años fue nombrada Maestra de Novicias por sus ya destacadas cualidades y virtudes. En unas notas que tras su muerte se mandaron desde Rentería a Aldaz, entre otras muchas cosas se dice cómo ya entonces la consideraban "Ejemplar único". De un talante natural muy despejado, era a la vez sencilla y prudente, con un candor de niña, era amable y cariñosa, destacaba por su humildad y sumisión a sus superiores, con una caridad manifiesta hacia las enfermas y ancianas. Una nota que siempre destacó mucho en ella fue su amor a la Orden y el entusiasmo por todo lo concerniente a ella.

Se concibió la idea de una fundación de Agustinas en el mismo Aldaz, los Sres. Juanmartiñena se hacían garantes de la obra exterior, ella iba a ser el alma de la fundación, garante de la obra interior.

Como superiora de la nueva fundación ella fue como piedra angular para la comunidad que empezaba a nacer. Fue superiora durante cinco trienios y durante otros tantos subpriora (en este cargo murió). Tuvo que pasar por muchas dificultades fáciles de imaginar en una empresa que comenzaba, pero sabía llevarlas con elegancia; su paciencia, humildad, discreción y prudencia se pusieron a prueba no pocas veces. Tenía un carisma especial para fomentar la vida común y era una persona que atraía, se estaba bien con ella. Cariñosa con todas las hermanas, sabía descubrir sus necesidades y corregir de forma que siempre dejaba un nuevo estímulo para mejorar. Ella, de esmerada educación, gran talento y grandes virtudes vivía con la mayor sencillez y naturalidad entre las hermanas, preguntaba con humildad cómo realizar las cosas, cuando en verdad sabía hacerlo con gran destreza, y con la mayor sencillez preguntaba también sobre la meditación y particulares de la vida espiritual incluso a las más jóvenes. A sí misma se llamaba “la pecadora, la gran pecadora”. No podía oír hablar de la vida religiosa como ‘un martirio’, decía que eso era para las negligentes y tibias, que de hecho la vida común era ‘un paraíso’, de la misma manera no le gustaba que se ponderara la dificultad de convivir con los caracteres difíciles, sin embargo se mostraba exigente en este punto a la hora de admitir nuevas candidatas, y ocasiones hubo en que pretendientas que mostraban carácter difícil para la convivencia fueron rechazadas a pesar de venirle muy recomendadas. Era de gran caridad en la conversación y echando siempre a buena parte las actuaciones de los demás. Era también la primera en ofrecerse a los trabajos costosos y se recuerda cómo ella, que tenía notable repugnancia a los difuntos, se vencía movida por la caridad hasta el punto de pedir vivir en las habitaciones de las difuntas para evitar así reparos en las hermanas que tuvieran que habitarlas. Una de sus grandes compensaciones en esta vida fue ver nacer y crecer con buen espíritu esa Comunidad de Aldaz que a solo 25 años de la fundación se mostraba ya floreciente.

Publicado el Motu Proprio de S. Pio X sobre la reforma del canto Gregoriano puso gran interés en que la Comunidad se perfeccionara y habituara hasta dominarlo. Hizo copiar todo el Canto Gregoriano en artísticos cantorales que aún hoy se conservan.

Atenta siempre a las necesidades no sólo de las de dentro sino de personas conocidas e incluso ajenas al Monasterio, se las ingeniaba para poder socorrer tanto material como espiritualmente ya en nombre de la comunidad ya pidiendo a otras personas para que acudieran a cubrir las carencias conocidas.

Cuando no era superiora su respeto y sumisión a la prelada eran muy edificantes, con frecuencia daba cuentas de su actuación más insignificante y pedía permiso con toda humildad, y sabiendo que por el aprecio en que se la tenía podía condicionar, solía decir: “Madre, no tenga ningún reparo para decirme que no; obre con toda libertad, como le parezca; que aunque lo sienta me quedaré más contenta con el no” y si ese ‘no’ se pronunciaba su respuesta sincera era inmediata “Gracias, Amachu. ¡Cuánto se lo agradezco! Ahora estoy contenta”.

Como es de suponer pasó también por la noche oscura, temporadas de grandísima sequedad en sus afectos espirituales en las que se agarraba a la oración vocal hasta el punto de verla de forma continua musitar su oración. Y pruebas amargas también le vinieron no pocas veces de personas cercanas, externas al convento y que le acompañaron hasta el final de su vida. Nunca desahogó con nadie sus sufrimientos, ella de corazón blando y sensible lloraba en silencio sus penas. En los últimos años de su vida a estas pruebas se fueron juntando otras como la muerte de una sobrina que ingresó en el convento, pletórica de vida y con un buenísimo espíritu, pero que al poco tiempo quedó postrada en cama con una penosa enfermedad que la tuvo así cinco años hasta fallecer. Al poco tiempo también su hermano D. Javier, muy querido de ella, falleció tras una muy dolorosa enfermedad y se juntaron aún unas desgracias muy sensibles en casa de un sobrino. En todo momento su actitud de aceptación fue admirable: “¡Bendito sea Dios! Cúmplase su santísima voluntad”. Su conversación siempre llevaba a Dios.

A los 67 años de edad y 50 de Vida Religiosa le llegó la visita de la hermana muerte. Ella había supuesto que para morir precisaría de una larga y penosa enfermedad y se preocupaba de lo que esto podría suponer de molestia para las hermanas, al mismo tiempo que temía dar algún mal ejemplo de impaciencia, pero de hecho no fue así, se preveía cercana su muerte y así se lo indicó la hermana enfermera, para que pudiera recibir los últimos sacramentos, sorprendida por la noticia le comentó: “pero ¿tan sosamente me he de morir?” Recibió los sacramentos consciente y respondiendo a todo. Contra su parecer su muerte fue tranquila y dulce. Volaba al cielo el 1 de Mayo de 1927. ¡Dios sea bendito en sus ángeles y en sus santos!